

El laberinto español

Gerard Brenan

España contemporánea
Editions Ruedo ibérico

El laberinto español

Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil

Traducción del inglés por J. Cano Ruiz

España contemporánea

Editions Ruedo ibérico

Índice

Prólogo a la segunda edición inglesa.....	4
Prólogo a la primera edición inglesa.....	6
I. El antiguo régimen. 1874-1931	11
1. La restauración. 1874-1898	12
2. El régimen parlamentario y la cuestión catalana. 1898-1909.....	20
3. Los liberales y la Iglesia.	31
4. El ejército y la lucha sindicalista en Barcelona. 1916-1923.....	41
5. La dictadura	51
II. La situación de la clase trabajadora.....	56
6. La cuestión agraria	57
Galicia	60
Asturias, País vasco y Navarra	62
Castilla la Vieja y León	64
Aragón	65
Cataluña	66
Levante	67
Granada	68
Castilla	73
La Mancha y Extremadura	75
Andalucía	76
7. Los anarquistas	82
8. Los anarcosindicalistas	101
9. Los carlistas	116
10. Los socialistas	121
III. La República	127
11. Las Cortes Constituyentes.....	128
12. El bienio negro.	145
13. El Frente Popular	160
14. Epílogo. La guerra civil	169
Apéndice 1. Comunas campesinas y cooperativas	177
Apéndice 2. Tendencias socialistas en España en el siglo XVII.....	180
Notas adicionales	183
Bibliografía.	199
Índice de nombres	216

Prólogo a la segunda edición

Este libro se escribió durante la guerra civil e inmediatamente después. Con frecuencia me resultaba difícil documentarme debidamente, y más difícil todavía, en el caldeado ambiente de la política española, dar crédito a las informaciones que obtenía. Tenía además que luchar, dentro de mí mismo, con fuertes sentimientos y prejuicios, pues yo había tomado partido en la guerra por la República y contra el Movimiento Nacionalista. Quienes recuerden la intensidad de las pasiones que este conflicto suscitó en todo el mundo comprenderán hasta qué punto era difícil ver con objetividad los asuntos españoles. Yo lo intenté, sin embargo, pues mi propósito al escribir este libro no era justificar el bando al que presté mi apoyo, sino más bien explicarme a mí mismo y explicar a los demás por qué las cosas ocurrieron así. Me interesaba sobre todo poner de manifiesto los errores y las ilusiones de las izquierdas españolas, ya que, a mi juicio, eran los hombres de izquierda quienes tenían de su parte, en general, el mayor grado de justicia y de honradez. Además, como la mayor parte de las personas de buena voluntad de otros países apoyaban a las izquierdas y la causa de éstas era también la causa de las democracias, las lecciones que podrían aprenderse de su fracaso tendrían interés para muchos. No es que yo pretendiera, claro está, ver en esa época más allá de lo que veían los protagonistas de los acontecimientos; pero, al escribir sobre ellos, los errores se destacaban por sí mismos y exigían que se les prestara atención.

Al releer hoy esta obra¹, nueve años después de haberla terminado, encuentro desde luego algunas cosas que me gustaría cambiar. Se han corregido los errores materiales, pero ha habido que dejar tal como están los pasajes que necesitarían escribirse de nuevo o ampliarse. El capítulo que menos me agrada es el que se refiere a la lucha entre los liberales y la Iglesia. Una Iglesia nacional, incluso cuando ha caído muy por debajo de la misión que de ella se espera, tiene recursos distintos de los de un partido político. No se la ha de juzgar, tal como los anglosajones nos inclinamos a hacerlo, como una especie de sociedad ética de origen divino, cuya salud y cuya fuerza dependen exclusivamente del espíritu religioso de sus miembros. Aun en sus momentos de mayor decadencia, ocupa una posición clave en la estructura social del país, y no es fácil arrebatarle esa posición, especialmente en las sociedades rurales. Además, cuando se trata de una Iglesia católica, tiene una cierta capacidad insospechada de resurgimiento y expansión, porque puede dar algo que la gente busca con afán en tiempos difíciles. Esto es especialmente cierto en **España, donde una mentalidad destructiva y escéptica va unida, a menudo en la misma persona, a un ansia profunda de fe y certeza.**

Mi equivocación en ese capítulo consistió en adoptar una actitud demasiado exclusivamente moral y política. La Iglesia española tiene una vitalidad que no se revela en su conducta. Cuando uno ha terminado de referirse a su estrechez de espíritu, a su obstinación, a su talento para crearse enemigos, así como a su incapacidad de adaptarse a los tiempos modernos, queda todavía mucho por decir. En todo caso ella es el poder que permanece cuando han pasado las guerras y las revoluciones, cuando todo lo demás ha fracasado; ella es la que está en la posición del padre al que, de mejor o peor gana, regresa el hijo pródigo.

Es cierto que una Iglesia tan rígida e intransigente como la española no se concibe en Francia o Italia. Pero ¿acaso no sucede así con casi todos los grupos o instituciones españoles? Los españoles que con más fuerza se oponen a ella —los intelectuales y los liberales— son precisamente los que desean que su patria sea más europea. No dudo que este sea un ideal con fuerza de atracción para quien haya nacido en España; pero, para quien mira desde este lado de los Pirineos, puede parecer que la principal virtud de España reside en su intratabilidad. La muerte por monotonía, por uniformidad, por despersonalización, —si conseguimos escapar a la destrucción en otra guerra— es el destino que nos ofrece este bonito mundo nuevo² que se caracteriza por la amalgama y el control universal. A esa muerte opondrá España una prolongada resistencia.

Respecto al resto del libro, tengo poco que decir. Nada nuevo se ha publicado, que yo sepa, que obligue a modificar mi relato de los acontecimientos que condujeron a la guerra civil. Mis opiniones sobre esos acontecimientos tampoco han cambiado respecto a ningún extremo importante. Mis sentimientos para con el general Primo de Rivera son más favorables que antaño, aunque es indudable que, como he dicho, su breve edad dorada fue consecuencia del auge económico norteamericano; y me siento más inquieto ante la insensata actitud de los republicanos al atacar a la Iglesia, descuidar el problema agrario y sobrestimar en general sus propias fuerzas. Pero estas son cuestiones de grado, y si mañana tuviera que escribir este libro de nuevo no lo haría de manera muy diferente. En cuanto a la insensatez y a la iniquidad del

¹ 1950

² El autor emplea las palabras («brave new world») del título de la obra de Huxley, traducida al francés con el título *Le meilleur des mondes*. (Nota del traductor.)

alzamiento militar, cuyo éxito dependía de la ayuda extranjera, no caben hoy opiniones diversas. Con un poco de paciencia, las derechas hubieran conseguido sin guerra mucho de lo que querían, pues el Frente Popular se estaba desmoronando rápidamente a causa de sus discordias internas, y las izquierdas habían intentado ya su revolución, que había fracasado. Pero los jefes nacionalistas, deslumbrados por la Alemania nazi, no se conformaban sino con una victoria total por aniquilamiento de sus enemigos; y sus seguidores, que en todo caso no pudieron elegir, estaban atemorizados. El resultado fue una guerra civil que ha arruinado a España para medio siglo.

Prólogo a la primera edición

Hace casi noventa años observaba Karl Marx que, en su tiempo, el conocimiento de la historia de España era en general imperfecto. «Acaso ningún otro país, excepto Turquía — escribía —, es tan poco conocido y tan mal juzgado por Europa como lo es España» A continuación explicaba que la razón de ello era que los historiadores, «en lugar de considerar la fuerza y los recursos de estos pueblos en su organización provincial y local, han bebido en las fuentes de su historia cortesana» Estas observaciones conservan todavía su vigencia en gran parte. Las historias corrientes de la península dan una impresión falsa de los sucesos que describen. La razón principal es la siguiente: España, tanto económica como psicológicamente, difiere en tal grado de los demás países de la Europa occidental, que las palabras con que se hace principalmente la historia —feudalismo, autocracia, liberalismo, Iglesia, ejército, parlamento, sindicato, etc.— tienen sentidos muy distintos de los que se les presta en Francia o Inglaterra. Sólo si se explica esto, sólo si se describe por separado cada pieza de la maquinaria política y económica, sólo si se tienen plenamente en cuenta las cuestiones regionales y si se ponen de manifiesto las influencias recíprocas de todas las organizaciones locales y de los diversos sectores de la sociedad, sólo entonces podrá llegarse a algo que se aproxime a una imagen exacta.

Lo primero que hay que observar es la fuerza del sentimiento regional y municipal. España es el país de la «patria chica» Cada pueblo, cada ciudad, es el centro de una intensa vida social y política. Como en los tiempos clásicos, un hombre se caracteriza en primer lugar por su vinculación a su ciudad natal o, dentro de ella, a su familia o grupo social, y sólo en segundo lugar a su patria y al Estado. **En lo que puede llamarse su situación normal, España es un conjunto de pequeñas repúblicas, hostiles o indiferentes entre sí, agrupadas en una federación de escasa cohesión. En algunos grandes periodos (el Califato, la Reconquista, el Siglo de Oro) esos pequeños centros se han sentido animados por un sentimiento o una idea comunes y han actuado al unísono; mas cuando declinaba el ímpetu originado por esa idea, se dividían y volvían a su existencia separada y egoísta.** Esto es lo que ha dado su carácter espectacular a la historia de España. En lugar de unas fuerzas que se van formando lentamente, como es el caso de otras naciones europeas, se han sucedido alternativamente los minúsculos conflictos de una vida tribal y unas grandes explosiones de energía que, económicamente hablando, surgen de la nada.

Así pues, el principal problema político ha sido siempre el de alcanzar un equilibrio entre un gobierno central eficaz y los imperativos de la autonomía local. Si en el centro se ejerce una fuerza excesiva, las provincias se sublevan y proclaman su independencia; si esa fuerza es insuficiente, se retiran sobre sí mismas y practican una resistencia pasiva. **En sus mejores épocas, España es un país difícil de gobernar.** Y ocurre que esta dificultad se ha visto acentuada, o incluso causada, por el hecho de que Castilla, que por su posición geográfica y por su historia representa la tradición centralizadora, es una meseta desnuda, pobre en agricultura, en recursos minerales y en industria. Las provincias marítimas son mucho más ricas y más industriales. De esta manera, aunque sólo Castilla puede mantener unida a España — pues es impensable una España gobernada desde Barcelona, Bilbao o Sevilla— los castellanos carecen de dinamismo industrial y comercial para dar al país una eficaz organización económica. Su actitud es militar y autoritaria, y las provincias más ricas e industriales han comprendido pronto que, mientras estén gobernadas por Castilla, no sólo se sacrificarán sus libertades locales sino también sus intereses económicos. Ciertamente pueden señalarse excepciones parciales a lo dicho —entre las que destacan el reinado de Carlos III (educado en Italia) y la dictadura del andaluz Primo de Rivera—; pero en general puede decirse que la causa principal del separatismo español ha sido la apatía industrial y comercial de los castellanos. ¿De qué otra manera cabe explicar el hecho de que, en una época en que los métodos modernos de producción y comunicación creaban estrechos vínculos entre las naciones europeas y mientras se unían los pequeños Estados de Alemania e Italia se agudizaran las tendencias separatistas en España?

No obstante, muchas veces pueden señalarse ventajas en el hecho de vivir fuera de nuestro tiempo. La concentración de las fuerzas sociales de un país en pequeños grupos locales tiene compensaciones. Al no haber conseguido constituir una nación políticamente homogénea, los españoles han conservado un tipo de vida que era corriente en la Edad Media y en la antigüedad, pero que han perdido los hombres modernos, hijos de familias pequeñas y de sociedades difusas. La mayor parte de las cualidades que admiramos en ellos se explican así. Su fuerza e independencia de carácter, su reacción rápida y completa ante cualquier situación social, su integridad emotiva, su don de las palabras — y, también hay que decirlo, su crónica indisciplinada,— son todas ellas características debidas a que **los españoles han continuado viviendo la intensa vida de la ciudad-estado griega, de la tribu árabe o del municipio medieval. La tertulia y el café ocupan el lugar del agora. La política es municipal o tribal, y es auténtica política en el sentido de que quien pierde, paga.** Así se explica la agudeza política que sorprende incluso al más superficial observador de los españoles, pero así se explica también su ineficacia. Aun las mejores cabezas rara vez logran escapar de la red de sus relaciones personales para dominar la escena a su

alrededor. Las mismas causas que han hecho de los españoles el pueblo más vigoroso y humano de Europa, les han condenado a largas etapas de estancamiento político y de inoperancia.

Innecesario es decir que la tendencia del país a dividir su vida en pequeños compartimientos locales no ha excluido otras líneas de separación. Ha habido también una estratificación en clases y una lucha de clases. Pero incluso ésta se ha visto profundamente influida por el problema regionalista. Por ejemplo, y para referirnos sólo al caso más sencillo, en las provincias en que ha habido inclinaciones autonomistas entre la burguesía se advierte que las clases obreras se adscriben al anarquismo, forma desbocada del socialismo caracterizada por el afán de libertad, mientras que en Castilla prefieren un marxismo rígidamente autoritario y centralizador. Incluso los marxistas heterodoxos (el «trotskista» POUM) surgieron en Cataluña. Pudiera pensarse que la aparición del liberalismo en Castilla en el pasado siglo constituye una excepción. Mas el liberalismo llegó a Madrid desde Andalucía, y los castellanos lo aceptaron cuando vieron de qué manera podían servirse de él. Se dieron cuenta de que no sólo contribuía a fortalecer a la burguesía castellana al poner en su poder las tierras de la Iglesia y los llamados bienes «propios» de los pueblos sin ninguna clase de traba feudal, sino que además les proporcionaba un instrumento de gobierno de tendencias fuertemente centralizadoras. La única disposición de la Constitución que autorizaba cierto grado de autonomía local —la referente a la elección libre de los concejales de los ayuntamientos— se anuló tan pronto como se logró derrotar a los carlistas, mientras que la dificultad que presentaba el artículo de la Constitución en el que se disponía la celebración de elecciones de diputados a Cortes se superó mediante la organización de cacicatos locales, que se cuidaban de que sólo fueran elegidos los candidatos del gobierno. De esta manera, el triunfo del partido liberal no sirvió para introducir ninguna de las características del liberalismo parlamentario. España continuó siendo gobernada por los terratenientes, que acapararon todo el poder político. Los auténticos liberales, la pequeña burguesía del sur y del este, se vieron excluidos y condenados a ser un estéril fermento de propaganda radical y federal, con esporádicas revoluciones, hasta fines de siglo. Su siembra fructificó entonces en los anarquistas.

Está claro, pues, que la estructura de las fuerzas políticas en toda España ha sido determinada por la geografía. En el este y en el sur se produjo el nacionalismo catalán entre las clases medias y el anarcosindicalismo entre los obreros industriales y agrícolas, movimientos ambos que ponen el acento en la libertad. En Castilla había un conservadurismo autoritario y católico basado en la posesión de tierras y un marxismo igualmente autoritario cuya fuerza radicaba en el hambre de tierras. En el norte había movimientos autonomistas vinculados a una doctrina ultracatólica y agraria llamada carlismo. Aun en movimientos tan extendidos como el republicanismo se tropieza con la cuestión regional, ya que, por centralistas que fueran sus dirigentes, por muy castellano que fuera su punto de vista, sólo pudieron conquistar y conservar el poder con ayuda de Cataluña. De la misma manera que los carlistas, pese a sus procedimientos autocráticos, se habían visto obligados a prometer a los vascos y a los navarros sus fueros históricos, así los republicanos y socialistas de 1931, castellanos hasta la médula casi todos ellos, se vieron obligados a conceder a los catalanes un alto grado de autonomía. Y cuando aumentó la presión de sus enemigos, incluso se vieron forzados a ir más allá y otorgar asimismo estatutos de autonomía a los vascos y a los gallegos. Este ejemplo muestra que, en España, todo movimiento popular, todo régimen republicano, tiende, bajo la presión de los acontecimientos, a hacerse federal, y que, cuanto más lejos lleva su programa federal, más se debilita, pues ha transferido el poder a las provincias. Por el contrario, los pronunciamientos militares, que también (a menos que cuenten con una ayuda extranjera) necesitan apoyarse en la plataforma catalana, pueden desdecirse de sus promesas tan pronto como se ven en el poder, ya que gobiernan por la fuerza y no por el libre consentimiento.

Pero ¿qué es lo que hizo que estas diversas partes en que España se dividía se mostraran tan incapaces de entenderse entre sí? Dar una contestación a esta pregunta es equivalente a explicar por qué les resulta a las naciones de Europa tan difícil el vivir en armonía. España es una miniatura de Europa, y los españoles tienen gran apego al poder. Mas esta comparación no debe llevarnos a exagerar los sentimientos separatistas de las distintas regiones. Los mismos catalanes se consideran españoles. La fuerza que alimenta a todo movimiento autonomista en la península es el descontento de la pequeña burguesía por la estrecha y pobre rutina en que vive. Su exacerbación regionalista tiene una base económica. Pero el peculiar modo de entretejerse los problemas regionales y sociales y la táctica de equilibrio de fuerzas practicada en Madrid por el gobierno contribuyeron mucho a aumentar la tensión. Donde mejor se ve esto es en el caso de Barcelona, en la que los gobiernos conservadores apoyaron sistemáticamente a las clases obreras revolucionarias para tener a raya a las clases medias, y llegaron incluso en una ocasión a hacer ellos mismos que se colocaran bombas a las puertas de las casas de los capitalistas, al no hacerlo los anarquistas. Un régimen entregado a innobles vaivenes y a una mezquina política de este tipo no contribuye, ciertamente, al pacífico desarrollo de un país. Es, por el contrario, una causa de permanente irritación. Es sobre todo la incapacidad de las clases dirigentes para gobernar honradamente, o para

conceder la más mínima atención a las quejas contra ellos que desde las provincias clamaban al cielo, lo que ha hecho de España el país clásico de las insurrecciones.

Hay quizá otro factor en el panorama político que es preciso tener en cuenta: la influencia de la religión. Para comprenderlo hay que retroceder en la historia. La España moderna debe su existencia como nación a la Reconquista. Durante ocho siglos, la tarea de expulsar a los musulmanes fue la vocación propia de España, y la unidad del país fue la recompensa del feliz cumplimiento de esa misión. Por entonces, el ímpetu del cruzado había llegado a formar parte del carácter nacional de tal manera que, hasta el agotamiento completo sobrevenido en el siglo XVII, continuó la guerra santa contra los protestantes, con total descuido de los propios intereses. Como es natural, la Iglesia desempeñó un destacado papel en estos sucesos. El clero era el guardián de la gran idea por la que los españoles luchaban, y bajo su influencia éstos se acostumbraron a pensar que toda divergencia de opinión era delictiva y que todas las guerras eran ideológicas. Luego, en 1812, la Iglesia se vio envuelta en una lucha política con los liberales. Esta lucha condujo a una guerra civil que duró siete años y, aunque la Iglesia perdió, la política y la religión quedaron tan fatalmente entrelazadas que en adelante nunca pudieron separarse. Esto quedó claro cuando se vio que la derrota de la Iglesia la había arrojado en brazos de los terratenientes, de manera que en adelante atacar a una de estas fuerzas significaría necesariamente atacar a la otra. La religión que había desempeñado en los conflictos sociales de los siglos XVI y XVII un papel armonizador, era ahora un factor de exacerbación.

A principios del siglo XX, la fe religiosa había declinado en todo el país. Primero fue la clase media, a la cual siguió el proletariado; pero la religión había significado tanto para los menesterosos, que tuvieron necesidad de algo para llenar el vacío que aquélla dejaba. Y este algo no podían ser sino las doctrinas políticas —anarquismo o socialismo— que les estaban aguardando. **Las clases pobres se adscribieron, pues, a esas doctrinas con el mismo espíritu, con el mismo fervor religioso y la misma simplicidad con que en tiempos pasados habían aceptado el catolicismo.** Durante algún tiempo pudo pensarse que era posible un arreglo pacífico, pues los dirigentes socialistas deseaban la reforma más bien que la revolución; pero la intransigencia de la clase gobernante combinada con el empeoramiento de la situación económica y con la aparición del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania hizo imposible todo acuerdo.

En otros países, el respeto al Estado pudiera haber actuado como influencia moderadora. Pero en España, ni un solo partido abrigó nunca ese sentimiento. Una sucesión de monarcas indignos había desacreditado a la monarquía. Los pronunciamientos militares comprometieron al ejército, y la corrupción de las prácticas electorales había destruido la fe en las Cortes. La Iglesia, que había iniciado la más terrible guerra civil del siglo, era un foco permanente de inconformismo. Para la mayor parte de los españoles, el gobierno era simplemente la camarilla de políticos que habían conseguido instaurarse en el poder, y ninguno de ellos tenía la menor autoridad moral fuera de su propio círculo de adeptos. Pudiera decirse que lo único que retrasaba el estallido de la guerra civil era que ningún partido se sentía bastante fuerte para empezarla.

Bajo estas divisiones políticas y religiosas había, evidentemente, una cuestión económica. En materias primas y en artículos alimenticios, así como en productos manufacturados, España podía en 1931 bastarse a sí misma mejor que cualquier otro país europeo. Pero para el buen funcionamiento de la vida económica del país era preciso elevar las ganancias de los campesinos y de los obreros agrícolas, de manera que éstos pudieran comprar más en las ciudades. Pero esto, dado el sistema de propiedad privada de la tierra, no era fácil. En la mayor parte del país, la tierra es pobre y las lluvias escasas; el campo tiene que sostener a una población mucho más numerosa de lo que permiten las modernas técnicas de cultivo. Incluso con la mejor organización, sólo sería posible un bajo nivel de vida. Por añadidura, en casi todo el país se empleaban anticuados sistemas de cultivo, el sistema de crédito era ineficaz, la organización del comercio peor, y el número de componentes de la clase media (muchos de ellos verdaderamente pobres y otros sencillamente zánganos) era mayor de lo que podía permitir la riqueza del país. La consecuencia, para más de la mitad de la población, era una subalimentación crónica, que en años malos equivalía a medio morir de hambre. Esta situación era una permanente invitación a la revolución. Y sin embargo, tan acostumbrados a la privación están los españoles pobres que, a no ser por la pérdida de fuerza retentiva de la Iglesia y por la introducción de nuevos credos que vinieron a ocupar su lugar, aquel factor no hubiera sido suficiente. Las fuerzas revolucionarias tenían que ser en España también morales e ideológicas; las clases trabajadoras aspiraban a la libertad y a ser dueñas de sí mismas más bien que a un nivel de vida más elevado. Cuando se envidiaba a los ricos (y los españoles son un pueblo muy envidioso), ello significaba casi tanto el deseo de rebajarlos como el de elevarse hasta ellos.

La guerra civil fue la explosión del polvorín que se había ido acumulando lentamente. Las elecciones en que venció el Frente Popular habían distribuido las fuerzas políticas españolas en dos bandos opuestos, aunque la clasificación fuera a todas luces defectuosa. El ejército se sublevó entonces, esperando, con su acostumbrado exceso de confianza, imponerse en pocos días a las masas de las grandes ciudades. Pero el

heroísmo de la clase obrera frustró este proyecto, y empezó la revolución tanto tiempo esperada por el proletariado, aunque probablemente él nunca habría sido capaz de iniciarla. Es propio de las revoluciones el brindar momentos en que parecen próximos a realizarse todos los sueños más brillantes de la raza humana, y los catalanes, con su carácter expansivo y dramatizador, no quedaron a la zaga de otros pueblos a este respecto. Quienes visitaron Barcelona en otoño de 1936 jamás olvidarán la emocionante y exaltante experiencia³ y, a medida que se afirmó la resistencia a la rebelión militar, las impresiones que de allí se llevaron se propagaron a círculos cada vez más amplios. España se convirtió en el escenario de un drama en el que parecían representarse en miniatura los destinos del mundo civilizado. Quienes tenían ojos para el futuro miraban, como en una bola de cristal, esperando leer su propia suerte.

La España símbolo era, no obstante, bastante diferente de la España real. La guerra había empezado como una abierta lucha de clases entre los terratenientes reaccionarios por una parte y las clases revolucionarias —campesinos y obreros de las fábricas— por otra. La Iglesia, la oficialidad del ejército y la mayor parte de la clase media apoyaron a los primeros, mientras que la pequeña burguesía⁴ y los intelectuales se alinearon con los últimos. Tal es el esquema general, aunque el hecho de que los republicanos hubieran ganado para su causa, gracias a la concesión de un estatuto de autonomía, a dos de las provincias más firmemente católicas y antiliberales del país introduce una complicación. Pero este planteamiento aparentemente sencillo ocultaba, en el lado antifascista, un dilema fatal. ¿Había de hacerse la revolución según las ideas de los anarquistas, o según las muy distintas y mucho menos radicales de los socialistas? ¿Y cuál sería la posición de los campesinos y de la pequeña burguesía en Cataluña, acusados de una parte por la CNT y de otra por el gobierno centralizador de Madrid? No parecía posible dar a estos problemas más solución que una segunda guerra civil, cuando repentinamente fueron resueltos, o al menos aplazados, por nuevos acontecimientos. En efecto, no se dejó a los españoles que hicieran solos la guerra. Dos naciones totalitarias, Alemania y Rusia, intervinieron, y su intervención tuvo como resultado que, casi de la noche a la mañana, los pequeños partidos falangista y comunista alcanzaran posiciones predominantes. Los falangistas absorbieron a los elementos populares y más o menos izquierdistas de su bando, mientras que los comunistas absorbían o colaboraban con los republicanos de derechas. La CNT, frustrada en sus esperanzas de revolución social, adoptó una actitud cada vez más pasiva. Los carlistas se sometieron. Durante algún tiempo, el éxito de los nuevos partidos pareció indicar que los españoles deseaban ardientemente un partido central eficaz que barriera las fútiles disputas de los últimos ciento cincuenta años y que impusiera una solución final; pero a la postre, sus ideales y métodos totalitarios y su dependencia de naciones extranjeras provocó una reacción contra ellos. Si bien los españoles son superficialmente receptivos para las ideas que vienen del exterior, en el fondo están muy apegados a sus formas de vida exclusivistas, y pronto resultó evidente que, a no ser mediante una dominación extranjera, estos partidos absorbentes no podrían sostenerse. Después de terminada la guerra, el colosal fracaso de la Falange en implantar condiciones tolerables para cualquiera salvo para sus propios adeptos, y su peculiar mezcla de «enchufismo», apatía y terrorismo, han completado su impopularidad.

¿Qué decir del futuro? La guerra civil fue una espantosa calamidad en la que todas las clases y todos los partidos perdieron. Además del millón o dos millones de muertos, la salud del pueblo se ha visto minada por su secuela de hambre y enfermedades. Cientos de miles están todavía en la cárcel. Tanto física como moralmente, España es una ruina de lo que fue. La esperanza de una resurrección radica en la indomable vitalidad de la raza española y en el cumplimiento, cuando termine la guerra, de las promesas de ayuda de los Aliados, mediante el sistema de «préstamo y arriendo», a todas las naciones europeas. Entre otras cosas, habrá que incluir en esa ayuda la maquinaria hidráulica necesaria para duplicar los terrenos de regadío del país, máquinas-herramientas para la fabricación de tractores y otros instrumentos de cultivo, así como la creación de centros de investigación para estudiar las mejores técnicas de cultivo de las tierras secas. La implantación de condiciones sociales y económicas tolerables en la península es una medida indispensable para la paz y la prosperidad de Europa.

Puede preguntarse qué interés puede tener una relación detallada de la historia reciente de España para los pueblos de habla inglesa. En cierto sentido, este interés es muy reducido, ya que los problemas de

³ Acaso no sea demasiado cínico recordar las escenas análogas que acompañaron al nacimiento de la breve República Federal de 1873. He aquí de qué manera Alejandro Dumas hijo, un francés frío y poco dado a emocionarse, que no ocultaba su aversión a los movimientos populares y que era políticamente más de derechas que de izquierdas, reaccionó ante una manifestación callejera en Barcelona en noviembre de 1868: «Hier, ivre de bonheur, il me fut impossible de retenir les larmes qui par instants coulaient sur mes joues; il me semblaît que je voyais les yeux ouverts le plus beau revê de ma vie: la République Universelle»

⁴ Esta contraposición entre clase media (con Franco) y pequeña burguesía (con la República) es bastante desconcertante. Parece que el autor emplea la expresión *middle class* con un sentido *sui generis* excluyendo a los comerciantes y a los pequeños industriales (que serían la pequeña burguesía). Así hace pensar el pasaje de la página XI. Interpretamos así el pensamiento del autor: *middle class*: burócratas, oficinistas, clases pasivas, pequeños rentistas; *petite bourgeoisie*: comercio y pequeña industria. (Nota del traductor.)

España no son los nuestros. Viviendo a la sombra de los acontecimientos europeos y reflejando superficialmente y con retraso las tendencias políticas de las grandes naciones industrializadas, los españoles se ven obligados en realidad a enfrentarse constantemente con situaciones sociales y económicas muy diferentes. Esto significa que, en todos sus asuntos, nada es nunca completamente lo que parece. Andamos a tientas en una especie de niebla cuando tratamos de entenderlos, y si somos políticos más que historiadores o psicólogos, si lo que buscamos son confirmaciones de nuestras propias teorías y opiniones, o ejemplos de tendencias políticas generales, saldremos chasqueados. Todo lo que se encuentra en España es *sui generis*.

Y sin embargo, nadie que se preocupe por la cultura europea puede cerrar los ojos a las posibilidades de este pueblo singular. En los últimos años España ha producido en arte a Picasso, en ingeniería el autogiro, en medicina una invención nueva y sorprendente, por lo menos. En literatura y en música su producción ha sido característica y original. ¿Cuál ha sido su contribución a las ideas sociales y políticas? Hay que confesar aquí que, si buscamos la respuesta en los libros, no encontraremos nada muy concreto. Y sin embargo, yo creo que, bajo la insensatez y el frenesí de la política española, hay una actitud firme. Fijémonos, por ejemplo, en dos productos típicos del país: el anarquismo y el carlismo. Como sistemas políticos, no es posible considerar seriamente a ninguno de ellos: uno trata de realizar un sueño del futuro remoto, otro de resucitar un pasado idealizado. Pero, como críticas de la sociedad, ambos canalizan un sentimiento profundamente arraigado entre los españoles. Pudiera describirse este sentimiento como un odio a las farsas políticas, un ansia de una vida social más rica y más profunda, una aceptación de un bajo nivel de vida material y una creencia de que el ideal de la dignidad y de la fraternidad humanas nunca podrá alcanzarse por medios políticos solamente, sino que hay que buscarlo en una reforma moral (obligatoria, claro está) de la sociedad. Esto es lo que pudiera llamarse la actitud española característica. Contrariamente a la doctrina liberal, que separa la Iglesia del Estado y la sociedad del gobierno, apunta a una integración de la vida política con la vida social. Mas esto no es totalitarismo. Lejos de afirmar la supremacía moral del Estado, sustenta el punto de vista cristiano de que todo ser humano, cualquiera que sea su capacidad e inteligencia, es un fin en sí mismo, y de que el Estado existe únicamente para servir esos fines. Y todavía hay más. La larga y amarga experiencia que los españoles tienen del funcionamiento de la burocracia les ha llevado a subrayar la superioridad de la sociedad sobre el gobierno, de la costumbre sobre la ley, del juicio de los vecinos sobre las formas legales de la justicia, y a insistir en la necesidad de una fe o ideología interiores, único medio de que los hombres actúen como deben, en armonía mutua, sin necesidad de forzarles a ello. Si este ideal religioso ha arraigado en España más profundamente que en otros países europeos, ello se debe en gran parte seguramente a la influencia de las ideas musulmanas sobre una sociedad cristiana. Las más profundas capas del pensamiento y del sentimiento políticos españoles son orientales.

Tengo que hacer constar mi agradecimiento a mis amigos Luis Araquistain y Arthur Lehning por haber leído y comentado mi manuscrito; al Instituto Internacional de Historia social de Amsterdam (actualmente en Oxford)⁵ y a J. Langdon Davies por prestarme libros y revistas que de otra forma me hubieran sido inaccesibles; a Enrique Moreno, a Max Nettlau, a E.H.G. Dobby y a muchos amigos españoles por sus valiosas sugerencias e informaciones; a Alise Gregory por su amabilidad en corregir las pruebas, y por último a Franz Borkenau, sin cuyos consejos y aliento es probable que este libro nunca se hubiera escrito. Sería imposible expresar aquí lo que debo al pueblo español, que me obsequió con su amabilidad y con su hospitalidad durante los años que estuve allí. Este libro que empecé para distraer mi espíritu de los horrores y angustias de la guerra civil, es sencillamente una prueba más de la impresión profunda y duradera que deja España en quienes la conocen.

⁵ De nuevo en Amsterdam. (Nota del traductor.)